

Los consoladores del pueblo

El gran consuelo de los desterrados de Babilonia fue Ezequiel. Durante más de veinte años este hombre extraordinario fue el centro de la ardiente predicación que salvó la conciencia de Israel de una tormenta en que hubiera perecido cualquier otra conciencia nacional. Mientras existió Jerusalén, tuvo correspondencia Ezequiel con sus hermanos de

Judea. Al desaparecer Jerusalén y el templo, fue tenaz conservador del jehovahismo como lo entendían los profetas.

Es de suponer que Ezequiel fijó su residencia en Babilonia durante esta época de su vida. En su casa se reunían los hombres piadosos. Era aquélla una especie de sinagoga, la primera que ha existido.

A partir de la destrucción del templo se necesitaba una institución nueva, un lugar donde reunirse, donde fortificar el espíritu nacional y resguardarse de las influencias extrañas. Para esto sirvió al principio la casa de algún jefe de familia venerable. El día del sábado debió ser el designado para estas asambleas. El ciclo de la vida judía, sin templo ni sacerdotes, comenzaba a establecerse.

Ezequiel conoció por un fugitivo la toma de Jerusalén. Es tan difícil distinguir la ficción de la realidad en las obras de este escritor, que no sabemos si debe aceptarse en sentido propio su aserto de que por entonces perdió a su mujer, y Jehová le mandó no llevar luto. Ezequiel estuvo enterado de los incidentes de la guerra de partidas que siguió a la toma de la ciudad, y se mostró desfavorable a ella. Con la llegada de los nuevos desterrados, gritó más Ezequiel, porque su responsabilidad aumentaba al crecer su familia religiosa.

Jamás se debilitó su seguridad en lo referente a las promesas hechas a los israelitas. Jehová había contraído un compromiso y tenía que cumplir su palabra. Esta idea fija en Ezequiel, de que el país israelita se convertiría en verdadero paraíso terrestre, toma en sus visiones las formas más variadas, y va siempre acompañada de la predicción de desgracias para los pueblos de Siria que se habían regocijado con la desventura de Israel.

La escuela de Jeremías ayudaba a la de Ezequiel en esta labor consoladora de los desterrados. Nada sabemos de la suerte ulterior del grupo de judíos refugiados en Egipto. Jeremías murió lanzando invectivas contra su tibieza y su inclinación a la idolatría. Probablemente Baruch se marchase a Babilonia, donde la corriente de las ideas se parecía más a la suya. El resto de la colonia judía, esparcida por Dafné, Memfis y Heliópolis, no tardó en corromperse y se abandonó a los cultos semítico-egipcios. Estas primeras colonias no tenían Thora. La colonia más fecunda, la de Alejandría, es de origen mucho más moderno y de una edad en que ningún grupo israelita dejaba de llevar la Thora.

La fórmula del futuro estaba completamente fijada en todas las familias de Israel. Los santos dispersos por las orillas del Éufrates tuvieron el sueño tenaz que inspirará desde entonces todos sus actos y escritos. Jerusalén será reedificada, y restaurado el culto de Jehová. Un David ideal hará que reine la justicia en Israel. Se cumplirá lo vaticinado por los antiguos videntes. Resplandecerá el día de Jehová y será una espantosa realidad para los paganos. Al contrario, Israel, recobrando la vida agrícola y pastoral, disfrutará en sus montañas, fertilizadas de nuevo, el colmo de la dicha. El mesianismo, a cada nueva visión, tomará mayor grado de claridad y energía.